
III. EXPERIENCIAS (fragmentos)

Arnold J. Toynbee

I. El internado (págs.11-18)

Una peculiaridad inglesa es la costumbre de enviar a los niños y adolescentes a colegios con internado; esto sólo lo hacen las familias de las clases “superiores” y “medias” pues resulta tan costoso que está por encima de las posibilidades económicas de la gran mayoría... a no ser que el escolar consiga ganarse una beca (como ocurrió con la que después sería mi primera esposa y conmigo). En Escocia, donde el nivel de educación es más alto que en Inglaterra, tal costumbre es excepcional en todas las clases sociales, al igual que en Europa Continental y en los Estados Unidos. Mi nuera (que es estadounidense) no quiere ni oír hablar de poner a mi nieto interno en ninguna escuela. Por supuesto, el colegio diurno y de externos es la forma normal de escuela en todo el mundo. Y para un chico sensible, de esos que se toman las cosas a pecho, dejar su hogar para ir de pupilo en una escuela es un verdadero martirio. Los partidarios de tales colegios sostienen, desde luego, que a los muchachos más sensibles es a los que hay que enviar preferentemente lejos de su hogar, para que adquieran, de una vez por todas, la debida firmeza.

Por mi parte, jamás podré olvidar la abrumadora experiencia de cómo me aterraron mis padres al comunicarme, cuando frisaba los diez años, que me iban a poner de interno en un colegio, hacia finales del verano. Aún puedo ver, clavada en mi mente, la posición

exacta del sillón desde el que se dictó sentencia; en él estaba mi madre, y yo, estupefacto, me estremecí ante ella. Es que tan imprevisto e increíble martirio era inminente, pues faltaba poco para que se acabara el verano.

(...) Estuve en contra del internado desde el principio al fin, y no tenía entusiasmo alguno por la Universidad. No volví a ser feliz, como lo había sido en mis días de escuela primaria, hasta 1911-12, años en que estuve como becario en la Escuela de Arqueología Británica de Atenas. Para entonces ya tenía 22 o 23 años. Por tanto, fue en Grecia, y no en mis dos sucesivos colegios-internados, donde se asentó por fin mi personalidad. Aprendí a ser yo mismo caminando a través de la campiña griega; y creo que fui capaz de llevar adelante tan severa prueba precisamente porque yo mismo me la había impuesto y porque gozaba intensamente con tales experiencias.

(...) Antes de estar en el internado de Winchester, nunca había conocido las descripciones que suelen hacer los antropólogos sobre las instituciones de las sociedades y las dolorosísimas ceremonias de iniciación que tienen que aguantar las generaciones cuando llegan a la adultez; pero cuando leí dichas obras antropológicas, comprobé que durante los cinco años que yo había pasado en Winchester había experimentado cuán dura debió de ser la vida de los hombres primitivos.

(...) De Winchester salí con tres tesoros que he valorado toda mi vida: una relación filial con su fundador, William de Wykeham, que así se convirtió en mi educador fundamental a través de más de cinco siglos de distancia; gran reverencia, admiración y afecto por M. J. Rendall; y varias amistades íntimas con muchos de mis contemporáneos, algunas de las cuales han sido tan cordiales y duraderas como si fuésemos auténticos hermanos.

(...) Alrededor de la mitad de nuestra generación en el Colegio y en la Universidad perdieron sus vidas en la Primera Guerra Mundial. Quizás esto hizo que el vínculo entre los supervivientes llegara a ser más íntimo que antes, y que sea casi adoración lo que siento para con los compañeros cuyas vidas se segaron tan prematuramente.

II. Mis tres educaciones griegas (págs.19-51)

Ya he dicho que en Winchester me encontraba en permanente estado de rebelión con la tiranía (así lo consideraba yo) de las primitivas instituciones tribales que allí regían. Mi afecto por Winchester es grande, pero retrospectivo. Hubo, sin embargo, un don que aprecié de todo corazón desde el primer momento de aquel mi inolvidable internado: la extraordinaria educación que allí se me dio en las lenguas y lliteraturas de Grecia y Roma.

(...) Tan intensa y amplia educación humanista comportó como (sorpresiva) circunstancia el alejarme de mi lengua materna; mientras se desliza nuestra vida, hay ocasiones en que uno se siente tan íntimamente conmovido que busca descargo y alivio expresando sus sentimientos con palabras; pues bien, siempre que esto ocurría, mis palabras no eran inglesas, sino latinas o griegas. Al lector que no haya recibido tan completa educación clásica, quizá le resulte difícil creerlo, y lo considere mera afectación; pero puedo asegurarle, con la mano en el corazón, que así me ocurrió muchas veces. En inglés nunca pude ser poeta; por eso, si quedaba restringido a usar sólo el inglés, me sentía mudo, y mis sentimientos se embotellaban sin encontrar salida; en cambio, hallaban desahogo en latín y en griego, porque en esas dos lenguas pude llegar a ser poeta, aunque minúsculo.

En ocasiones me divierto imaginando lo que los genuinos maestros de la Antigüedad dirían de los poemas griegos y latinos míos y de mis contemporáneos, suponiendo que pudiesen volver a la vida y leerlos; y reconstruyo su hipotética reacción mediante la reacción que suelo sentir frente a las obras escritas en inglés por algunos literatos indios a los que tengo por cultísimos y cuidadosos escritores. El 99 % de las frases inglesas de dichos literatos indios son tan perfectas idiomáticamente que me asombro de que hayan podido dominar con tal perfección un idioma extranjero... hasta que, perdido por ahí, el uno por ciento de sus escritos me extraña, me sorprende y me hace sonreír. Es que el efecto de ese uno por ciento, en medio de tal perfección,

resulta cómico... precisamente porque el otro 99 % es irreprochable, y ese fallito del uno por ciento nos convence de que el escritor no ha tenido como lengua materna el inglés, a pesar del asombroso virtuosismo con que domina su lenguaje adoptivo.

(...) Tal era el efecto que me causó mi primera educación griega; en ella se me habían ido doce años de mi vida, los doce años críticos que comienzan a los 10 –en que comencé a estudiar griego– y culminan a los 22, edad en que me presenté en Oxford al examen final en la escuela de Literae Humaniores. Comencé a estudiar latín a los siete años; pero, mucho antes de esto, mi madre, que era historiadora, me había convertido en aprendiz de historiador. De aquí que mis simpatías por el mundo grecorromano provinieran no de su faz literaria sino de su leyenda histórica. Asimismo, antes de “sufrir” mi examen final en Oxford, mi Colegio –Balliol– me había distinguido con una beca-tutoría para enseñar Historia Antigua de Grecia y Roma. Iba a comenzar el año académico subsiguiente; pero el Colegio renovó mi beca por un año más y me comunicó que podía emplear el año intermedio –el curso académico 1911-12– en el extranjero haciendo lo que considerase más útil para equiparme con vistas a mi futuro trabajo.

En seguida supe lo que iba a hacer: completar mi educación griega empleando tal *Wanderjahr* (año sabático) en ver, con mis propios ojos y por primera vez, el paisaje físico del mundo griego que durante tantos años había sido mi hogar espiritual, pues estaba convencido que las descripciones, mapas y fotografías con que me había familiarizado en Winchester y en Oxford no podían sustituir a tal visión de primera mano. En consecuencia, iría primero a la Escuela Arqueológica Británica que funcionaba en Roma, y de ella haría mi base de operaciones para viajar por los alrededores durante seis o siete semanas. Esto me proporcionaría una primera impresión del paisaje que había servido de sede a la época formativa de la historia romana. Me iría después a la Escuela Arqueológica Británica de Atenas, de donde partiría para corretear por toda Grecia durante el resto de mi precioso año libre. Tal año de caminatas me proporcionaría el ele-

mento que hasta entonces me faltaba en el conjunto de mi educación griega. Y cumplí tales programas.

(págs. 36-47) Completando mi primera educación griega, mi año sabático fue un “annus mirabilis” pues me proporcionó una segunda educación griega jamás prevista por mí y que fue oportuna y sorprendente. Había ido a Grecia a aprender de su naturaleza inanimada (...) y me encontré conviviendo con hombres y mujeres inteligentes, agudos y locuaces (...) que me iniciaron en su mundo del siglo XX en el que, quisiera o no, yo también estaba implicado. (...). En 1911-12, acostumbraba yo a viajar durante el día y a hospedarme cada noche en diferentes aldeas, procurando que me quedaran libres las horas del anochecer, antes de irme a dormir, para pasarlas en la taberna, que se convertía en una especie de club para los hombres que volvían de sus labranzas o de sus pastoreos. Allí solía escuchar, noche tras noche, sus conversaciones y, a veces, cuando me lo permitió mi creciente dominio del griego moderno de los campesinos, tomé parte en ellas. Allí fue donde comencé mi inesperada educación griega en los asuntos de nuestros días... educación que, posteriormente, me había de llevar a dos conferencias de paz en París y me había de calificar para ser, durante treinta y tres años, uno de los coautores del *Survey of International Affairs* que se editaba en Chatham House. En la campaña griega de 1911-12 conocí las diferencias que hay entre el lenguaje de los estadounidenses y mi nativo idioma inglés; allí aprendí a ver el Medio Oeste de los Estados Unidos a través de los ojos y opiniones de la primera generación de inmigrantes griegos a América, y allí me enteré del mortal juego de la política internacional que estaban jugando, en Europa, las grandes potencias, sin exceptuar a mi propio país.

(...) A pesar de que para entonces ya había cumplido nueve meses de instrucción informal en los asuntos internacionales, tal como se trataban en mis clases nocturnas de las tabernas de las aldeas griegas, comprendí que estaba aún muy lejos de dominar el tema. Ese agosto, en mi viaje a las costas adriáticas de la monarquía de los Habsburgo, hallé todas las ciudades costeras, desde Cattaro a Trieste, rebosantes de tropas; parecía que estuviera movilizadas allí todo el

ejército imperial; me encantaba ver el antiguo corte y color de sus uniformes (que todavía seguían el estilo de 1848); pero ni aun así comprendí lo que significaba tal movilización masiva. No me cabía en la cabeza la obvia verdad: que la Guerra Balcánica era inminente y que el Estado Mayor austro-húngaro lo sabía muy bien.

Es que no me daba cuenta de lo que son los odios entre las naciones, tal como los he vista acentuarse durante el resto de mi vida con toda clase de horrores bélicos. Y no lo veía aunque ya había contemplado bastante aquel infierno. Caminando hacia el este, a lo largo del Mesará de Creta (fue el 15 de marzo de 1912), me encontré con un viejo que conducía dos mulas. Tal compañero de viaje me pareció la benevolencia en persona pues insistió en que montara en una de ellas por pura hospitalidad, desde luego, no por dinero. No obstante, cuando iniciábamos una cuesta abajo, me pedía que me bajara para evitarle a la mula esfuerzo inútiles. Tanto con las mulas como conmigo no podía ser más amable, pues tanto ellas como yo éramos criaturas de Cristo, por lo que merecíamos por igual las naturales muestras de bondad del excelente viejo. Pero mi sorpresa fue enorme cuando descubrí los límites de sus sentimientos humanitarios; y esto ocurrió cuando le pregunté, con toda ingenuidad, por qué estaban desiertas las aldeas que bordeaban tan fértil valle. “¿Esas aldeas?”, gritó, “porque ahí vivían los musulmanes; pero en el 97, los liquidamos a todos... hombres, mujeres y niños: a todos los degollamos”. Y se llevó la mano expresivamente a la garganta, mientras su voz vibraba con agudos chillidos y su ojos centelleaban de júbilo ante tan deliciosos recuerdos.

Me sentí bastante turbado: allí estaba yo paseando y charlando con un ser humano, hasta entonces aparentemente benigno, que gozosamente se había manchado las manos en aquellas odiosas atrocidades de quince años antes. Tampoco podía presagiar yo que las matanzas cretenses de 1897 habían de quedar eclipsadas por las deportaciones armenias de 1915, y éstas muy superadas, a su vez, por el genocidio de judíos y de eslavos que habían de cometer los nazis durante mi propia vida. Tampoco podía evitar la abrumadora inferencia que me llevaba de lo particular a lo general, confirmándome que

hay una veta diabólica de mal en la naturaleza humana. Nuestro “pecado original” puede verse recubierto por capas y más capas de hábitos civilizados pero nadie puede garantizar la integridad moral de ningún ser humano ni de ninguna de nuestras comunidades; nadie puede garantizar que alguien vencerá todas las tentaciones. Por la tentación, el volcán puede explotar en la más repentina erupción... aun cuando sus fuegos hayan estado dormidos durante tan largo tiempo que pudieran parecer extintos.

III. Agosto de 1914 (págs. 52-56)

¡Agosto de 1914! Estas palabras son como una campana, y los muertos por los que dobla son innumerables hombres de muchas naciones –de ambos lados del frente– cuyas vidas les fueron arrebatadas en el curso de los cuatro años sacrificiales que siguieron a tal fecha. ¿Por qué nos conmueve tan profundamente, al menos a los ingleses de mi generación, esta terrible fecha? Ya ha pasado sobre ella más de medio siglo y otra segunda guerra mundial. ¿Por qué no nos emociona análogamente el 1 de septiembre de 1939, triste comienzo de esa segunda carnicería antihumana? Creo que una explicación es que nadie puede sentir el mismo golpe con la misma intensidad por segunda vez. En 1939, el estallido de la guerra ya no era para nosotros una experiencia nueva. En ciertos aspectos, esta segunda experiencia fue la más horrorosa de las dos, sin embargo, desde mucho antes de esa fecha, ya veíamos que la guerra se nos venía encima y que nos iba a reventar de repente en el cielo como un trueno.

Otra razón por la que aquella fecha de 1914 está tan grabada en nuestros corazones es, quizá, porque el estallido de la Primera Guerra Mundial marcó una portentosa quiebra en la historia de Gran Bretaña, mucho mayor, probablemente, que la que sufrieron las demás naciones que se vieron envueltas en ambas guerras. Hasta agosto de 1914, Gran Bretaña hacía casi un siglo que no padecía guerra alguna, pues la última que realmente le afectó había terminado en Waterloo el 18 de junio de 1815. (...). Verse así exenta de gravámenes importantes y de bajas de guerra durante casi cien años, es lo que le

hacia, a Gran Bretaña, excepcional frente a muchos otros países del mundo occidental. Las naciones continentales europeas habían sufrido medio siglo de epidemias, de violentas revoluciones y guerras, que las habían destrozado desde 1848 a 1871. También los Estados Unidos habían tenido su guerra –la Civil de 1861-1865–, que había sido la mayor habida en el mundo desde Waterloo hasta 1914, así como la más costosa en vidas, felicidad y riquezas, con la sola excepción de la rebelión de los T'ai P'ing en China.

IV. Dos Conferencias de paz en París (págs. 57-67)

No soy la única persona de mi generación que ha asistido a dos conferencias de paz en París pues son varios los que participaron en tan inquietantes y severas experiencias. Y las llamo inquietantes porque no calificarlas así sería disminuir a tales acontecimientos. Quizá no hubieran sido inquietantes para un heleno o para un hindú, ya que el hecho de que los acontecimientos vuelvan una y otra vez, en ciclos recurrentes, es lo que sus teorías del ritmo del Universo proponen según sus filósofos. Pero esa repetición resulta inquietante para los musulmanes, los cristianos o los judíos, porque a “las gentes del Libro” nos desencanta pues nos hace sospechar que, después de todo, la teoría cíclica puede estar más cerca de la verdad que lo admitido por nuestra fe de que la historia no se mueve en círculos sino como una línea que corre desde su punto de partida hasta su meta. Según lo vemos, dicha meta le da al Universo su sentido, mientras que la historia cíclica nos suena a “un cuento repetido por un idiota y carente de significación”. Sin embargo, aunque podemos hallar muy inspiradora nuestra teleología judaica, nos veremos en apuros si tenemos que demostrar que ésta, y no la teoría cíclica, es la que explica tales hechos. Y la experiencia de lo ocurrido en las dos conferencias de paz de París nos hace dudar de que no sea verdad eso de que la recurrencia es lo que realmente actúa en el Universo.

(...) Tanto en la primera como en la segunda de dichas conferencias, desempeñé tareas de poca importancia, que me mantuvieron en

la segunda fila de sillas de la sala de discusiones, custodiando papeles que quizá pudieran necesitar los delegados que ocupaban los sillones de primera fila; y, como mi trabajo y responsabilidad eran leves, me quedaban muchas y muy buenas oportunidades para observar todo lo que ocurriese. Las muchas horas que pasé, en ambas conferencias, escuchando con atención, se fueron convirtiendo en valiosísima parte de mi formación.

De los estadistas célebres que pude oír y observar, Molotov es el que destaca en mi memoria con caracteres inconfundibles. Siendo niño, había visto, en el Zoológico de Londres, algunas personas malévolas que se empeñaban en molestar al hipopótamo, que se encontraba, pacífico, junto al borde de su estanque. Una de aquellas personas intentaba agujijonearlo con el extremo acerado de su paraguas, y otra le tiró un cigarrillo encendido en el lomo. Los presuntos atormentadores del hipopótamo hacían contra él lo peor que se les ocurría; pero no conseguían nada: tan sólo aumentar su propia frustración, pues no obtenían reacción alguna de parte del “ofendido”, que parecía ignorarlos. Pues bien, cuando escuché a Molotov en París, en 1946, no pude evitar recordar al hipopótamo de mi infancia. (...) Aquel autocontrol de Molotov habría sido la envidia y admiración de estoicos, epicúreos o budistas. La invulnerabilidad y la imperturbabilidad, austeros ideales del desapego, tanto de la filosofía griega como de la india, eran en Molotov prendas prácticas que aparentemente no le exigían esfuerzo alguno. Y esta serenidad de Molotov era, naturalmente, una carta de triunfo.

V. Treinta y tres años en Chatham House (págs. 68-94)

Estos años de trabajo bélico, desde el 14 al 18, constituyeron una experiencia extraña (...) porque no parecían pertenecer a nuestras vidas normales; aquella experiencia parecía más bien un fragmento de alguna otra vida que no podía compararse con la normalidad (...), igual que el tiempo de guerra era incomparable con el tiempo de paz. Sin embargo, aunque tal experiencia había sido extraña y a todas luces transitoria, no nos reconciliábamos con la idea de cerrar defini-

tivamente sus puertas a nuestras espaldas y olvidarnos de todo aquello. (...) Pero ¿qué podíamos hacer en tal sentido? Fundar una sociedad privada anglo-americana para el estudio científico de los asuntos internacionales. Estudio objetivo, imparcial, no partidista ni emocional. Nos proponíamos hacer un estudio, lo más exacto posible, del curso de los asuntos internacionales actuales. Se suponía que tal estudio era la base indispensable para el buen obrar de los estadistas, condición sine qua non para evitar que la Humanidad volviese a sufrir catástrofes como la de 1914-18.

(...) Cinco años después de fundarse Chatham House, en 1916, me encontré formando parte de su cuerpo directivo, donde se me había encargado la redacción del *Survey of International Affairs* (“Revista de Asuntos Internacionales”). Y en esta ocupación me mantuve durante treinta y tres años! (...). Tales tareas eran nuevas en mi profesión. (p.82) Mi preparación intelectual no era la más adecuada para la tarea del *Survey*. Yo estaba (y estoy) familiarizado con la historia grecorromana; y aunque, gracias a mi *Wanderjahr* por Grecia y mis subsiguientes trabajos durante la guerra y la conferencia de paz, me había ocupado de la historia contemporánea, estos conocimientos se limitaban a los hechos contemporáneos del Oriente Próximo y Medio (...) y ahora tendría que escribir un examen global de los asuntos internacionales de todo el mundo.

Para ayudarme, Headlam-Morley me sugirió que, si los medios económicos lo permitían, yo podría ceder a los respectivos expertos regionales algunas áreas que, según su enfoque –europeísta y centrípeto–, parecían periféricas. Entre éstas figuraban América Latina y Extremo Oriente. Mi reacción ante la oferta fue que, como me había comprometido a escribir un examen global, debía ocuparme de los asuntos de todo el mundo; si se conseguían medios para aliviar mi carga, con mucho gusto los recibiría; pero, en vez de intentar dividir mi tarea por regiones, yo prefería ceder a los especialistas algunos temas técnicos, especialmente los financieros y económicos ya que no me sentía capacitado para enfrentarlos. El motivo de tal contrapropuesta –que Headlam-Morley aceptó– era un par de presenti-

mientos que ya me preocupaban: primero, pensaba que Europa iba a perder pronto la posición dominante y central que había mantenido en el mundo durante los últimos cuatro siglos, y, segundo, que las naciones marchaban hacia una historia de la Humanidad en la que todas coincidirían –para bien o para mal– en una sola sociedad donde se entrelazarían y mezclarían las regiones geográficas que, hasta entonces, virtualmente, se desarrollaban con cierta independencia. Si tales presentimientos míos eran acertados, la historia de un mundo coincidente sólo sería inteligible si se enfocaba y escribía como una unidad en la que ni Europa ni ninguna otra región tuviese privilegios previos. Para enfocar en este punto de vista a mis lectores, incluí en los primeros volúmenes del *Survey* un mapa que mostraba al mundo centrado no en Europa ni en el Atlántico septentrional sino en el Pacífico.

(...) Para mí era una experiencia nueva trabajar en colaboración. Desde que comencé a desenvolverme por mi cuenta, allá en Winchester, reaccionando contra la presión de la vida tribal, siempre tendía a cazar como un lobo solitario; pero ahora había aprendido una forma distinta de trabajar, que continuó en Chatham House aun después de que Verónica y yo nos casáramos (ella es mi segunda esposa desde 1946), y todavía ahora, tras nuestro retiro, Verónica sigue haciéndome los índices de todos los libros que escribo. En el vivir humano, el *summum bonum* es el compañerismo. No hay nada que pueda sustituirlo. Sin embargo, hasta a la más feliz de las vidas le faltará algo si una vocación satisfactoria no la complementa. También en este campo le debo mucho a Chatham House, pues allí encontré una labor que me satisfizo tanto intelectual como moralmente y que, además, me permitió enfocar otros trabajos. De 1927 a 1954, gracias al compañerismo de Verónica, fui capaz de seguir haciendo el *Survey* de Chatham House a la vez que llevaba adelante una aventura solitaria: mi *A Study of History*. Y no sólo no había incompatibilidad entre ambos trabajos sino que cada uno beneficiaba al otro.

Sentía íntima satisfacción intelectual en escribir el *Survey* porque esa tarea no tenía la desventaja intelectual que tanto me había desen-

cantado en el trabajo de profesor que ejercí en Oxford. La labor de educar e instruir a sucesivas generaciones de subgraduados tenía un ritmo cíclico inevitable; en cambio, no había nada cíclico en el permanente trajín de redactar el *Survey*, pues su propio temario era garantía de variación.

(págs. 88-91) Por vivir cuando y donde he vivido, y haber tenido la educación y experiencia que he tenido, me siento impelido – sobre todo desde agosto de 1914– a hacer todo lo posible, durante toda mi vida, en favor de la abolición de la guerra. Es ésta la peor de todas las instituciones humanas pero, a pesar de su iniquidad, los hombres se aferran a ella con obstinada tenacidad. En 1914 la pérdida de vidas fue del orden del millón. Desde el 6 de agosto de 1945, la guerra va camino de poder eliminar a toda la especie humana, y aun de hacer que la superficie de nuestro planeta resulte inhabitable para toda forma de vida. Por tanto, hay que destruir la guerra: «*Écrasez l'infâme!*»

Para luchar por la abolición de la guerra, hay modos que son más directos que el mío. En vez de gastar treinta y tres años en escribir el *Survey* para Chatham House, podía haber desempeñado un puesto en la Liga de las Naciones o, después, en las Naciones Unidas. Sin embargo, creyendo como creo que el trabajo intelectual es una de las bases necesarias para actuar –aparte de su valor intrínseco–, he comprendido que, al persistir en hacer el *Survey*, no sólo ayudaba a desenmascarar el mayor mal de nuestra Era –y por supuesto de todos los siglos que han sufrido tal calamidad– sino también a suprimir tan infame institución antes de que ella nos aniquile a nosotros, sus agentes.

(...). En esta lucha privada mía contra la guerra, soy totalmente abolicionista, así como no lo soy respecto de las bebidas alcohólicas, pues he visto demasiados casos de personas que se ufanaban de su total abstinencia de alcohol... con resultados contraproducentes. En este campo, creo que la prohibición total ha mostrado ser el peor enemigo de la moderación voluntaria; y para combatir el mal social del

alcoholismo, opino que el camino más largo es más promisorio que el corto. La guerra, en cambio, es, a mi entender, como la esclavitud: un mal social con el que no puede haber ni pacto ni componendas. No creo en la eficacia de abolir las armas atómicas mientras se sigan manteniendo las otras armas, ni en reducir la cantidad de armamentos sin renunciar al uso de los que queden. Mi objetivo es la abolición total de la guerra, y no su aminoración. Ahora bien, soy abolicionista, pero no pacifista: si hubiese tenido la oportunidad de votar por la guerra contra Japón cuando atacó a Manchuria (en 1931), o contra Italia cuando agredió a Etiopía (en 1935), o contra Alemania cuando invadió Checoslovaquia (en 1938), habría votado en favor de la guerra en cada una de estas tres angustiosas ocasiones.

(...). Podemos abolir la guerra mediante un acto de tipo político. La institución de la guerra entre los Estados es parásita de la institución de la soberanía local: ningún parásito puede vivir sin su anfitrión, y sólo podemos abolir la soberanía local pacíficamente, si los Estados se incorporan, por libre voluntad, a una unión federal mundial en la que cada Estado local deba ceder su soberanía mientras continúe existiendo como parte de ese gran todo. Ésta es la solución positiva del problema de la guerra, y así la propiciaba Lionel Curtis. No es necesario (ni razonable) ser dogmático acerca de los detalles de una constitución federal para el Mundo, pero todos debemos trabajar de algún modo para lograrla, de una forma u otra. En la Era Atómica, esto se presenta ya como la única alternativa frente al suicidio de todo nuestro mundo.

(págs. 92-94) Mantener en marcha dos trabajos de tales proporciones simultáneamente era, por supuesto, tarea bastante dura, pero su combinación resultaba estimulante y, lo que era aún más importante, tanto el *Survey* como el *Study* se beneficiaban mutuamente, pues entiendo que habría sido imposible escribir el *Survey* inteligentemente, y aun inteligiblemente, si su redactor hubiese estado absorbido por el estudio de los acontecimientos contemporáneos con exclusión del pasado. La razón es que vivimos nuestras vidas en la dimensión temporal y obramos a la luz de la memoria, y la

memoria colectiva de las comunidades y de las sociedades abarca períodos de cientos y de miles de años. Todo acontecimiento que se recuerda puede influir en el obrar actual (...). Si no se tiene en cuenta el trasfondo histórico del presente, éste se convierte en un acertijo insoluble.

Tal verdad la ilustra, en 1968, la incertidumbre en que cayó el pueblo estadounidense al verse embarcado en sus difíciles tratos con Vietnam y con China. Al hablar con los estadounidenses en 1968 acerca de esos dos ingratos temas, me encontré con que algunos de ellos –inclusive personas que poseían una educación universitaria– consideraban como satánicos ciertos aspectos de China y de Vietnam que no eran sino históricos. Para quienes se equivocaban así, las respectivas historias de Vietnam y China habían comenzado cuando estos países adoptaron el régimen comunista. Pero, ¿cómo podrá pretender nadie tratar con éxito con la China y el Vietnam de hoy si ignora el pasado de estos dos países? ¿Cómo poder comprender las razones del presente enojo y recelo de China si no se tiene en cuenta que, desde 1839 hasta 1945, China se vio a sí misma como oprimida por los británicos, los franceses, los rusos y los japoneses? Y, ¿cómo no comprender la hostil extrañeza y humillación que el pueblo chino sufrió al verse tratado como “nativos”, cuando sabemos que, con anterioridad a 1839, China había sido –para sus propios habitantes– “El Imperio Central” e incluso “Todo lo que está bajo el Cielo”, y que se había considerado a sí misma como el centro del mundo civilizado y, de hecho, había sido, realmente, parte importantísima del conjunto del Mundo? ¿Cómo comprender –insistimos– la actual tenacidad del Vietcong en su lucha para eliminar de Vietnam la presencia de Estados Unidos, si ignoramos que, antes de que los americanos intervinieran, los vietnamitas habían luchado durante un siglo para expulsar a Francia, como antes habían peleado ¡durante dos mil años! para evitar que su país fuera totalmente absorbido por China, tal como ya había sucedido con algunas de sus regiones septentrionales? Quizás estos ejemplos demuestren que, si no se tiene en cuenta el trasfondo histórico de cada situación, resulta imposible encontrar sentido a los

sucesos de nuestros días y de los posteriores. Por eso, al escribir mi *Study*, me iba proveyendo del indispensable fondo histórico para el *Survey*, al que proporcionaba su debida dimensión global.

Recíprocamente, el *Survey* beneficiaba al *Study*. Cuando se estudia la historia de generaciones desaparecidas, hay que resucitarlas mentalmente por un acto de imaginación. Sólo podemos imaginar lo que esas generaciones fueron en vida por analogía con nuestro conocimiento de los vivos. Y los únicos humanos vivos que conocemos son nuestros contemporáneos. Por esta razón, es indispensable que todo historiador tenga un pie en la historia contemporánea, por más que su dedicación especial sea la Era Victoriana, o la de las Pirámides, o la del Paleolítico Inferior. Por más hundida que esté en el pasado la Era que estudia el historiador, éste siempre necesitará reconstruir mentalmente aquel vivir de entonces encarnándolo en seres humanos de los que tiene que ocuparse como si estuviesen vivos, no muertos. Si no hubiese estado escribiendo el *Survey* a la par que el *Study*, habría carecido del instrumento más efectivo que jamás he poseído para tener la necesaria visión sinóptica y para hacer “revivir” –como por un conjuro– esas sociedades extinguidas hace tanto tiempo sobre las que estaba escribiendo en el *Study*. Era pues una suerte, para mi trabajo en todos los campos, el hecho de haber sido capaz de escribir, paralelamente, el *Survey* y el *Study* durante 21 años (de 1927 a 1954 pero descontando los siete años de tareas bélicas que tuve que hacer de 1939 a 1946). Y nunca podría haberlo hecho si no hubiese sido miembro, durante treinta y tres años (1924-56), del cuerpo intelectual de Chatham House.

VI. *Por qué y cómo trabajo (págs. 95-111)*

¿Qué es lo que me ha hecho trabajar? Cuando era subgraduado, lo que más me incitaba a estudiar era el deseo de superarme. (...). Tal ansiedad nunca es buena, y puede resultar bastante mala si se lleva hasta el extremo; pero también creo que es una poderosa fuente impelente de manera que los resultados pueden compensar a las desventajas. (...). Una segunda incitación que siempre me ha aguijonea-

do a trabajar ha sido –y todavía lo es– la conciencia. (...). Por suerte, también me ha empujado un tercer motivo: el afán de ver y de comprender. No me di cuenta de que este motivo actuaba en mí hasta algún tiempo después de reconocer los otros dos; pero creo que, antes de ser consciente de él, ya me estaba empujando, y desde un época muy temprana de mi vida además. La curiosidad es un motivo positivo de acción; es también una de las características distintivas de la naturaleza humana, que contrasta en eso con las naturalezas de los animales no humanos.

Cuando me preguntan a veces por qué empleé mi vida en estudiar historia, mi respuesta es: ¡por diversión! Creo que tal respuesta es adecuada y sincera. Si me preguntasen si volvería a hacerlo, respondería que sí, y lo repetiría con toda convicción. (...) Pero, ¿por qué estudiar historia en particular? La curiosidad es omnívora. Hay muchos otros temas en el Universo, además de la historia, que suscitan la curiosidad de los seres humanos. Entonces, ¿por qué mi curiosidad se enfocó hacia la historia? Mi respuesta es bien segura: soy historiador porque mi madre lo fue. No puedo recordar en qué momento me convencí de que iba a seguir la inclinación de mi madre. Cuando cumplí cuatro años, mi padre dijo que ya no podía pagar por más tiempo a una niñera; entonces mi madre se ofreció a mantenerla durante un año más gracias al dinero que pensaba cobrar por escribir un libro; y mi padre accedió. (...). Puedo recordar con toda nitidez mi excitación al ver las pruebas del libro de mi madre, titulado *Tales from Scottish History* (Narraciones sobre Historia Escocesa). Por él recibió veinte libras esterlinas... que era precisamente lo que cobraba una niñera durante un año en la Inglaterra de 1893-4. Cuando se cumplió el año y el dinero se gastó, la niñera se fue, y mi madre se encargó personalmente de sus funciones. Ella me ayudaba al acostarme, y me hacía feliz, en esos momentos previos al sueño, contándome la historia de Inglaterra, en trozos sucesivos, desde sus comienzos hasta 1895.

Evidentemente, fue mi madre quien me inspiró así la ambición de ser historiador; pero sólo he seguido las tendencias de mi madre en ese sentido general. A ella le interesaban –creo yo– los hechos por

sí mismos; también a mí me interesan de este modo, por supuesto; si no fuera así, nunca habría sido historiador, pues los hechos constituyen el gran depósito de materiales del historiador, que debe adquirirlos en cantidades que le resultarían repelentes si no lo fascinaran. Pero yo los amo no por sí mismos, sino porque son indicios de la naturaleza y significación del Universo: ese misterio en el que cada ser humano forma su conciencia. Todos deseamos conocer el Universo y saber cuál es nuestro lugar en él; también sabemos que sólo podremos conocer de él un trémulo vislumbre, pero eso no nos desalienta en el empeño de procurar ver toda la luz que podamos abarcar.

Nuestra curiosidad puede enfocarse hacia algo particular del Universo; pero creo que la realidad espiritual que subsiste más allá de lo fenoménico es el objetivo último de toda curiosidad; y esto hace que tal curiosidad tenga algo de divina. Gracias a las tendencias de mi madre, mi acceso a dicho objetivo último se concretó en el estudio de los asuntos humanos. La física, la botánica, la geología, o cualquier otro estudio, ofrece rutas alternativas que llevan hacia la misma meta humana. Sin embargo, en la *Weltanschauung* (cosmovisión) judeo-cristiano-musulmana, a la historia se la encaja en el armazón de la teología. Esta visión de la historia, tradicional en Occidente, ha sido rechazada por muchos historiadores occidentales –y aun por sus discípulos no-occidentales– durante los últimos dos siglos y medio. Creo que cada estudioso de los asuntos humanos tiene su teología, reconózcalo o no; y creo que está más a merced de tal teología cuanto más la reprime por debajo del umbral de su conciencia. (...). Por supuesto, sólo puedo hablar de mí; y estoy seguro de que la razón por la que el estudio de las cuestiones humanas prevalece en mí es porque dicho estudio es la ventana por donde miro al Universo. (...). ¿Que por qué trabajo y por qué precisamente en historia? Porque, para mí, éste es el camino que conduce, aunque sea con mucha lentitud, hacia la *Visio Beatifica*.

(págs. 98-9) ¿Cómo trabajo? Entre los diez y veintidós años, pasé la mayor parte del tiempo preparándome para los sucesivos exámenes que tuve que sufrir. En cierto modo, es bastante educativo esto de

prepararse para los exámenes. (...). Proporciona bastante responsabilidad, y le acostumbra a uno a trabajar. Aunque un profesor hábil y simpático puede ayudar al muchacho a aprender a trabajar, las tareas tiene que hacerlas el escolar; y nadie sino quien se examina puede prestarse ayuda a sí mismo en la sala de exámenes, cuando se encuentra con varias hojas en blanco ante sus ojos, con tres horas para llenarlas (...) y sin un minuto en que se le permita consultar ni un dato ni una fecha de los temas que se preguntan.

H.J. Halsefoot, el maestro de mi escuela preparatoria que me preparó para el examen cuya meta era ganar una beca en Winchester, fue el mejor profesor que tuve porque me enseñó a trabajar, y sus enseñanzas me han servido siempre. Además de reconocer ya entonces que era un maestro excepcional, mi gratitud hacia él ha ido en continuo aumento a medida que he comprobado que sus instrucciones me han servido para enfrentar los más diversos trabajos intelectuales. El primero y mejor consejo de Mr. Halsefoot era: «No se asuste si el tiempo que se le da para elaborar sus respuestas le parece poco; no se apresure a responder; piense bien antes lo que va a decir; el tiempo mejor empleado de las tres horas de cada examen escrito será el que gaste el examinando en meditar lo que va a poner en el papel, con tal de que lo dedique, desde el principio, a plantear ese problema como un todo. Éste es el método mejor, tanto para escribir un ensayo, como para traducir pasajes del griego o del latín, en prosa o en verso, o hacer versiones de nuestra lengua materna a dichos idiomas». Mr. Halsefoot me enseñó a articular mis escritos; a reconocer que todo pasaje griego o latino tiene su sentido y que hay que encontrarlo, y que, hasta que no se ha encontrado, no se está en el buen camino ni se puede continuar el escrito.

El ensayo que debe escribirse en tres horas es una espléndida educación para el periodismo, la abogacía y el servicio civil [los empleos estatales]. Quien aprende desde joven el arte de escribir exámenes sabrá después escribir una minuta o un artículo mayor o recopilar un resumen en breve tiempo (...). Y, en esta vida práctica nuestra, el tiempo siempre resulta breve. Los intelectuales que no se han

adiestrado a sí mismos a trabajar ahorrando tiempo, siempre corren el peligro de permanecer improductivos, defecto que no podrán justificar aduciendo que el trabajo que se hace de prisa es imperfecto. Por supuesto que será imperfecto, como todo lo humano lo es, inclusive nuestra propia naturaleza; pero esta intrínseca imperfección de las cuestiones humanas no puede eludirse empleando mayores demoras. En todas las tareas, incluyendo las intelectuales, hay que actuar cuando llega el momento de la acción.

(págs. 102-4) Al extender el campo de mi curiosidad a todos los asuntos humanos, me hice a mí mismo algo similar a lo que los gigantes de Jötenheim le hicieron una vez al dios Thor, cuando en secreto conectaron con el mar el cuerno de beber que le habían desafiado a apurar totalmente. Thor era gran bebedor; de un solo trago se tomó un tercio de las aguas del mar. Pero después ya no pudo beber más, y tuvo que darse por vencido. Ni siquiera un dios pudo beberse todo el mar; y tampoco un joven de veintidós años, con toda su vida de trabajo por delante, podría dominar el total de las cuestiones humanas, por más inteligente que fuese y por más que trabajase. Sin darme cuenta, me estaba preparando a contender contra el infinito; y, en este duelo entre un mortal y el infinito, el mortal está condenado a perder (...) a menos que pueda librarse a tiempo de tan desigual desafío en el que se ha metido.

Durante aquel verano de 1911, aún intentaba yo seguir adelante con la interminable agenda que me había elaborado. Resulta así que me estaba preparando para un examen post mortem, lo cual no concordaba con mi otra decisión, tomada a los veintidós años, de no presentarme a ningún otro examen durante el resto de mi vida. Sin saberlo, me estaba condenando a una ineludible frustración; sin embargo, pude salvarme de esta fatalidad autoimpuesta gracias a unas novísimas actividades que, si bien al principio me molestaron, terminaron al fin por doblegar mi voluntad ya que retrasaron los progresos que hacía para dominar los materiales de la historia griega, entre el 404 y el 323 aC, que era el período a estudiar que entonces me había propuesto. En efecto, me sorprendí a mí mismo comparando algunos

pasajes de Jenofonte (430-354) con otros de Tucídides (460-396), todos ellos referidos a la organización del ejército lacedemonio: ¿Coincidían o discrepaban entre sí tales pasajes? Si había discrepancias, ¿se debían a algún error de alguno de estos dos ilustres autores, o es que el ejército lacedemonio había sido reorganizado entre las fechas en las que Tucídides y Jenofonte, respectivamente, dataron sus escritos? (...). Mi mente se debatía entre esas cuestiones, en vez de leer hasta el fin lo que yo le había asignado. Se rebelaba contra la disciplina habitual. ¿Por qué? Porque estaba comenzando a obrar, a hacer algo por su cuenta; y, cuando la mente humana se enfrasca en un acto de creación, no permitirá que nada ni nadie se interponga en el cumplimiento de sus planes.

Así es como di con un modo propio y personal de proscribir el infinito que me amenazaba: en vez de seguir adquiriendo conocimientos indefinidamente, aquella vez había comenzado a hacer algo con los que ya poseía, y este uso activo de los conocimientos dio sentido, cara al futuro, a mis nuevas adquisiciones de conocimientos. Me había negado, como me niego aún, a poner límites a mis adquisiciones confinándolas dentro de cualquier campo arbitrariamente delimitado; pero, en aquel momento, encontré un método óptimo para poner límites a lo que no lo tiene: limitaría lo infinito dirigiendo mis adquisiciones de conocimientos a lo planteado por las demandas de la acción.

En cuanto comencé a hacer algo con lo que ya sabía, el significado de la palabra trabajo cambió para mí de forma notable y, con toda seguridad, saludable. Trabajar vino así a significar, para mí, escribir o hacer preparativos para escribir, dejando de equivaler al mero leer. Desde 1911, dejé de asignar a la lectura todo el tiempo destinado al trabajo, y reservé para escribir las horas que median entre el desayuno y el almuerzo, es decir, el lapso del día en que mi mente es más activa. He dejado para mis lecturas los ratos libres, criterio que se ha justificado por sí mismo gracias a los buenos efectos que ha obrado en mi mente.

(*págs. 106-107*) Hay otros conocimientos –los de primera mano referentes a cada país– que, siempre que he tenido oportunidad, los

he seguido cosechando personalmente. Hasta después de mi retiro, nunca pude satisfacer del todo mi sed de viajar por falta de tiempo y de fondos a partes iguales; pero la realidad es que, desde 1911, he viajado tan a menudo y tan lejos como me ha sido posible. Es ésta una actividad a la que he dado precedencia sobre mi querida actividad de escritor, que siempre ha debido entrar en un compás de espera cuando que se me presentaba la oportunidad de hacer algún viaje intelectualmente provechoso.

Reconozco, por tanto, que viajar debe convertirse en lo primordial para quien quiera dedicarse al estudio de los asuntos humanos. No es posible comprender ni a los seres humanos ni a sus sociedades independientemente de su ambiente, y éste no puede aprenderse de segunda mano. Cualquiera que escudriñe durante años por entre las descripciones, fotografías y mapas de un país no conseguirá, con ello, una noción exacta de su geografía y de su carácter. En cambio, si nuestros propios ojos pueden llegar a ver el paisaje ya estudiado, pronto tendremos de él la información esencial que nunca nos proporcionaron las fuentes secundarias.

Cuanto más lentamente se viaja por una región y más se acerca uno a su tierra, más se ve y se aprende de ella. La mejor manera de lograrlo es recorrerla a pie, con la mochila a la espalda, la indispensable cantimplora al costado y mucho tiempo para contemplarlo todo con calma y con detalle. Equipado así, el tranquilo caminante logra su independencia de juicio: irá donde le plazca y satisfará de pleno todas sus curiosidades. (...). Mi consejo a quien quiera viajar para aprender es éste: “Luche con uñas y dientes para que su transporte sea lo más lento posible”.

(págs. 108-111) También quiero ofrecer cinco consejos a los trabajadores intelectuales que coincidan conmigo en que el verdadero y sano propósito de la adquisición de conocimiento es la realización de algún trabajo que pueda llamarse propio. Mi primer consejo es el mismo, tan valioso, de Mr. Halsefoot: «No hagas nada con precipitación; piensa antes de obrar, y tómate todo el tiempo que necesites

para ver tu tema o tus problemas como un todo». Yo mismo he experimentado que este consejo fue el que me proporcionó bases firmes cuando inicié las dos mayores empresas en que me he metido hasta ahora: el *Survey of International Affairs*, para Chatham House, y mi *Estudio de la Historia*.

En el *Survey* –que tuve la felicidad de escribir, desde el comienzo hasta el final, en compañía y colaboración de mi esposa, Verónica–, nuestra tarea consistía en continuar relatando los asuntos internacionales desde el punto en que los había dejado la *History of the Peace Conference*, de 1919. El campo del *Survey* abarcaba el Mundo entero, y, por las razones que ya expuse, nunca me sentí inclinado a dejar a los especialistas el análisis de los asuntos de ciertas regiones que –según se decía– quedaban “al margen” de nuestro alcance. Esto de tomar a todo el Mundo como una sola provincia era tarea emocionante, pero también resultaba enorme y formidable. ¿Cómo empezarla? Pues comencé escribiendo un pequeño volumen, *The World after the Peace Conference* (El Mundo después de la Conferencia de Paz), en el que traté de dar una imagen, a la manera de una sección transversal, del estado del Mundo hacia 1920. Con ello conseguí el punto de partida para hacer la narración que mi esposa y yo fuimos redactando hasta 1946.

Cuando emprendí el *Estudio de la Historia*, comencé con una salida en falso. En el verano de 1920, mientras rebullían en mi mente las primeras ideas del libro, intenté escribirlas en forma de comentarios al segundo coro de la *Antígona* de Sófocles. Este poema griego refleja magníficamente lo maravilloso, grandioso y patológico de la vida humana: tres rasgos del hombre implícitos en la compleja palabra “deiná”. Pero mi acceso medievalista a semejante problema, así como mi intento de referirlo a una obra maestra de la literatura griega, resultaron demasiado indirectos para ser practicables. Por suerte lo descubrí pronto: Sófocles no podía haber hallado por mí el método que mi tema exigía. Tuve que buscarlo yo mismo, y no lo encontré hasta un año después: precisamente cuando recorría en tren el Oeste de Bulgaria, yendo de Estambul a Londres, tras haber estado cubriendo en

Anatolia la Guerra Greco-Turca como enviado especial del *Manchester Guardian*. Entonces me sorprendí a mí mismo anotando, en media hoja de un cuaderno, una docena de encabezamientos que habrían de ser los títulos de las principales divisiones de mi futuro libro. Esta vez no me precipité en ponerme a escribir. Mi primera temporada libre y larga fue la de las vacaciones estivales de 1927, que empleé, junto con las de 1928, no en intentar escribir la primera parte de mi libro, sino en ampliar cada uno de aquellos encabezamientos mediante su correspondientes apartados y unas notas detalladas. Resultó así que no comencé a escribir mi libro de corrido hasta el verano de 1930.

Mi segundo consejo es: «Obra con prontitud en cuanto sientas que tu mente está madura para entrar en acción, pues esperar demasiado puede resultar más adverso incluso que precipitarse cuando aún no se está preparado». Ya he dicho que, cuando mi mujer y yo estábamos comenzando a escribir el *Survey*, trabajábamos bajo la dirección de un erudito más viejo y experimentado, Sir James Headlam-Morley, Consejero Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores y presidente del Comité de Publicaciones del Instituto Real de Asuntos Internacionales. Cuando elaboré mi librito *The World after the Peace Conference* algo después de nuestra fecha de partida, le vino a Headlam-Morley cierta preocupación, ya que me dijo: «Este ensayo suyo está muy bien; pero su verdadera misión es escribir un relato que registre lo que ha sucedido después. No dejo de reconocer que tal tarea es muy vasta; por eso debe usted comenzar con sólo alguna parte de ella; y, cuando lo haya hecho así, verá que el resto sale por sí solo. En cuanto arranque, irá presintiendo usted su camino, pues tal relato de la historia actual es un nuevo género del arte de escribir historia. Mi consejo es que (...) elija usted algún tema que no sea ni muy largo ni muy importante. Es probable que no le satisfaga su primer borrador pero no importa, el caso es poner, poco a poco, todo el problema en movimiento». Y me sugirió que escribiera la historia de las disputas postbélicas entre Bélgica y los Países Bajos acerca de la navegación por el Escalda. Así lo hice, y lo demás resultó tal como él me había predicho.

Mi tercer consejo es bueno, a mi entender, no sólo para los escritores de temas históricos, sino para todos los escritores en general, y reza así: «Escribe regularmente, día tras día, en los momentos en que encuentres que escribes mejor. No esperes a sentir que te llegó la inspiración; escribe, aunque todavía no te sientas inclinado a hacerlo. Lo que escribas en estas circunstancias no será tan bueno, por supuesto, como lo que escribirás cuando te encuentres en lo mejor de tu producción; y no te satisfarán tales borradores, sin embargo, luego los revisarás, y aunque, después de todo, no resulten tan buenos como lo que escribas con gusto y fluidez desde el primer momento, dichos borradores, rehechos y corregidos, probablemente resultarán airosos, y tú, entre tanto, habrás hecho progresos en la empresa de llevar adelante tu proyecto». (...). Para aprender a trabajar sin esperar a que llegue la inspiración, sufrir exámenes es –como ya dije– un buen entrenamiento, pues, como en los exámenes el tiempo que se le da al examinando es tan corto y tan estrictamente limitado, resulta obvio que, si el estudiante espera a que le llegue la inspiración, lo que le llegará será el desastre.

Mi cuarto consejo es: «No derroches los intervalos de tiempo que te parezcan sobrantes o secundarios. Nunca te digas a ti mismo: como ya terminé este trabajo, no vale la pena comenzar esta otra tarea hasta mañana por la mañana o hasta la semana próxima; por tanto, puedo tomarme como descanso lo poco que resta de hoy o de la presente semana. ¡No debes hacer eso!, pues el mejor momento para comenzar tu siguiente tarea no es ni mañana ni la semana próxima sino instante, ahora mismo, right now, como dicen los estadounidenses, que son precisamente hombres de acción». (...). Nunca trabajaremos de más. «Obrad mientras dura el día pues cuando viene la noche nadie puede obrar» (*Juan*, 9, 4).

Mi quinto consejo es: «Mira siempre adelante, muy adelante, como miran los motoristas, mediante su mira telescópica, hacia el horizonte al que de ese modo alcanzan aun antes de conocerlo». Desde antes que estallara la Primera Guerra Mundial, he mantenido una agenda que me llevaba de adelanto un incalculable número de

años respecto de mis realizaciones. Por ejemplo: en otoño de 1965 publiqué un libro titulado *Hannibal's Legacy* (El legado de Aníbal), cuyos gérmenes ya estaban en un curso de conferencias que di en la School of Literae Humaniores de Oxford durante el curso académico de 1913-14.

VII. *El término de una Agenda (22 de febrero de 1966) (págs.120-125)*

En enero de 1966, cuando di a copiar mi manuscrito de *Some Problems of Greek History*, terminé con ello todos los asuntos que figuraban en mi agenda. Esto era para mí un hecho completamente nuevo pues, desde hacía más de medio siglo, había tenido siempre presente y sin concluir esa dichosa agenda que ahora, por fin, quedaba en blanco. Esto de terminar las exigencias de mi agenda fue como completar la educación de los hijos: un asunto que, durante años y años, parece estirarse hasta el infinito y que, de repente, se da por terminado. Pero aún tengo salud y facultades intelectuales, y, mientras ellas no me fallen, mi curiosidad no cederá. Continúa siendo ilimitado el número de libros que quiero leer y de países que deseo visitar; pero, al menos por ahora, la satisfacción de esta curiosidad general ya no se dirige tan directamente hacia la realización de proyectos definidos que han de concretarse en un trabajo creador. Por ello, me encuentro ahora como de vuelta hacia la circunstancia que mi mente vivía cuando estaba abierta a todos los influjos, allá por los años en que era estudiante y en que procuraba aprender a educarme a mí mismo.

A medida que el tiempo corría y que yo iba despachando, uno tras otro, los temas de mi agenda, me fui haciendo cada vez más consciente de que el tiempo era condición sine qua non para cualquier logro en cualquier clase de trabajo. También esto me hizo meditar acerca de las absurdas desigualdades de la suerte. He pensado mil veces en las agendas no terminadas de mis contemporáneos de Winchester y de Oxford que murieron en la Primera Guerra Mundial. (...). Sus agendas serían al menos tan sustanciosas y prometedoras como la mía; pero sólo se lograron unos pocos fragmentos de entre

tantos trabajos proyectados... mientras yo sigo viviendo y he podido terminar, uno tras otro, todos los proyectos. Tal desigualdad me resulta cada vez más intolerable, y muchísimo más por ser consecuencia de un accidente totalmente fortuito como fue ingerir aquel agua contaminada que me incapacitó para el servicio militar. En consecuencia, tanto mi buena suerte como la prematura defunción de mis amigos de entonces me parecen dos formas, totalmente inmerecidas, del devenir humano. A la vez, estoy muy agradecido por todos estos años de vida que se me han concedido a mi ... ipero lamentablemente no a ellos! ¿Quién me los ha concedido? ¿A quién debo dar las gracias por esta prolongación de mi vida? ¿Se los debo a la ciega casualidad o a algún poder divino que ha obrado intencionalmente así? Si lo cierto es esto último, carece de justicia ya que ha jugado caprichosamente con la muerte de mis amigos y con mi vida.

Cuanto más agradecido me siento por el don –o la “adehala”– de estos años regalados, más ansiedad me acomete y me impulsa a aprovechar en lo posible ese precioso tiempo que mi agenda ha estado reclamando siempre; por lo menos así ha ocurrido hasta hace pocos días, cuando la di por concluida... Pero ahora me siento afligido cada vez que veo el vacío de sus hojas blancas, sin ningún tipo de exigencias ni de perentoriedades; y con ello comprendo que la actual vacuidad de mi agenda me resulta más angustiosa que la carga de trabajos y de apremios que me imponía cuando estaba llena.

Tal ansiedad por estar siempre preocupado por los asuntos prácticos –similar a la de la Marta bíblica– me parece ahora una enfermedad espiritual. Si lo es, ¿me afecta sólo a mí o es característica de los potentes hábitos mentales de nuestra sociedad occidental moderna en la que he nacido y me he criado? Sin duda, mi ansia compulsiva de mantenerme siempre ocupado es parte de mi temperamento personal, que también se habría manifestado si hubiese nacido y crecido, por ejemplo, en la India. Sin embargo, en ese país, tal temperamento se habría suavizado mediante el ejercicio del tradicional espíritu del hinduismo, mientras que en Inglaterra se ha visto confirmado y agravado por el *Zeitgeist* del Mundo Occidental. Es que nuestro “espíritu

de época” actual nos impele a todos los occidentales –aun a los de temperamento introvertido y contemplativo– a imponernos una agenda interminable de actividades extrovertidas con las que debemos llenar todas las horas libres.

Este estado mental actual de los occidentales ya fue descrito mordazmente por Lucrecio –quien logró apartarlo de su propia vida– porque ya resultaba evidente entre las clases gobernantes de Roma durante la generación en que su aparato político –el régimen republicano– se veía manifiestamente en apuros. Oigámoselo al propio Lucrecio en *De rerum natura*, libro III, versos 1052-70: «Parece que la gente sintiera que tiene sobre sus mentes una carga que las abrumba con su enorme peso. Si pudieran reconocer con claridad las causas de ello y las fuentes de esta masiva enfermedad que aflige sus corazones, no llevarían la clase de vida que llevan diariamente. Nos encontramos con muchos que están perplejos por no saber qué es lo que quieren pero que viven en perpetuo movimiento, como si eso les permitiera librarse de esa carga. Como se aburren en sus grandes mansiones, procuran salir de casa, a donde en seguida retornan por haber comprobado que fuera tampoco se está mejor. Entonces se ponen a manejar sus caballos y huyen precipitadamente hacia sus casas de campo o villas con la urgencia de un bombero que tuviese que rescatar una casa del fuego; y no han hecho más que trasponer el umbral de su villa cuando ya comienzan a bostezar; caen así en un pesado sueño y buscan alivio en el olvido... o quizá se vuelven precipitadamente a la ciudad para recorrerla una vez más. De este modo, cada uno va huyendo de sí mismo: una compañía de la que uno no se puede librar; el hombre es así su propio compañero incómodo, y termina odiando a su inseparable yo pues no deja de ser un enfermo incapaz de conocer las causas de su enfermedad.»

Lucrecio presenta a continuación (versos 1071-75) el diagnóstico de tal enfermedad con palabras que los Padres de la Iglesia suscribirían: «Si este infeliz reconociese correctamente tales causas, abandonaría todo lo demás para concentrarse en el estudio de la naturaleza del Universo; y lo haría así porque lo fundamental y decisivo es

el estado en que cada ser humano, según su destino, habrá de permanecer después de su muerte, y no por unas horas sino por toda la eternidad».

Aquí –si es que las comprendo bien– me parecen mucho más acertadas la actitud y la perspectiva que son tan frecuentes en la India, pues me parecen mejor fundadas y más agudas que las occidentales. (...). Todo brahmán, como todo occidental, tiene su propia agenda práctica; se espera de él que se case, que tenga hijos y los críe, pues tal es su deber para con la sociedad. Pero, en cuanto el brahmán se ha descargado de esas obligaciones, queda libre para seguir lo que, según él, es el auténtico fin del hombre; y tal fin es, para él, el “otro asunto”: el que está esperándole después de que haya cumplido todo lo que tenía anotado en su agenda práctica. Cuando los hijos del brahmán han crecido y ya andan solos por el Mundo, el brahmán queda en libertad para apartarse del Mundo y recluirse en un bosque, y pasar allí, dedicado a la contemplación, el resto de su vida. Según él, esta actividad espiritual es lo que imprime a su vida, en tal etapa final, su auténtico significado y propósito.

Creo que, en esta cuestión –que es de suprema importancia–, el ideal indio es el acertado. ¿Podré yo realizarlo? Si lo intento, he de chocar con dos obstáculos: mi temperamento personal y el presente espíritu de nuestra sociedad occidental, que es el ambiente social en que he vivido y trabajado. El espíritu actual de Occidente no es más que un hábito, y ni siquiera muy antiguo. Durante nuestra Edad Media, Occidente no era incompatible con el espíritu de contemplación, aunque quizá nunca contó con facilidades como las que son habituales en la India. Mi temperamento personal va a ser un obstáculo más difícil. Creo, empero, que la facultad de la contemplación, así como el impulso para usarla, son innatos en la naturaleza humana. También deben de estar latentes en mí estas facultades humanas, por muy recubiertas que hayan estado por esta ansiedad y este afán de distraerme con actividades extrovertidas. Tiene que ser posible que también yo rompa la corteza y deje fluir libremente las aguas de mi vida espiritual.

VIII. Subjetividad de la experiencia religiosa (págs. 133-34)

La religión significa, para mí, la relación de un ser humano con una realidad última que está detrás y más allá de los fenómenos del Universo en el que cada uno de nosotros se ha hecho consciente. En esta sola frase he suscitado al menos cuatro temas discutibles. Mi definición de la religión es lo primero que puede ponerse en tela de juicio, pues hay gentes que consideran que la religión no es más que ilusión, ya que, según ellas, no existe esa presunta realidad última. Las gentes que sostienen que la religión es cosa ilusoria pueden dividirse entre quienes creen que tal ilusión es bona fide, y los que estiman que ha sido inducida subconsciente, y aun deliberadamente, como un opio psicológico para aliviar las penas de los seres humanos.

Los que sostienen que existe eso que se llama realidad última, también pueden sostener que eso no tiene nada en común con el elemento de la naturaleza humana –al que llamaré elemento espiritual– que mueve al ser humano a buscar estar en comunión y en armonía con dicha realidad última. Según este enfoque de la naturaleza de la realidad última, la búsqueda que denominamos religión está predestinada a fracasar, por sincera que sea. Alternativamente, alguien puede sostener que la realidad última tiene afinidad con el elemento espiritual que hay en la naturaleza humana, que es un dato de la conciencia y un acompañamiento de ella. Si alguien sostiene que hay una realidad última y que el elemento espiritual de la naturaleza humana tiene afinidad con ella, su concepto de este elemento –fenómeno que todos conocemos– constituirá su clave para concebir esa realidad última. Pero ésta es una hipótesis inverificable, aunque hay seres humanos que creen que la han experimentado, así como han experimentado la realidad de sí mismos y de sus prójimos, hombres y mujeres.

IX. Mi agnosticismo (pág. 135)

Tanto mi madre como mi padre eran miembros de la Iglesia Protestante Episcopaliana de Inglaterra, y ambos –a mi modo de ver– creían en las doctrinas de dicha Iglesia cristiana –lo mismo en la teo-

lógicas que en las éticas— sin fanatismo pero también sin reservas. Ellos me criaron —estoy seguro que de buena fe— como un cristiano ortodoxo de la Iglesia de Inglaterra. Pero yo tuve mis reservas, en este sentido, desde una edad temprana. Por ejemplo, no creí ingenuamente la afirmación de que Jesús había nacido sin intervención masculina (...). Después, siendo subgraduado en Oxford, me convertí en agnóstico, y en seguida llegué a la conclusión, tras abandonar las creencias cristianas ortodoxas, de que la religión misma era una ilusión baladí. Ahora, pasado más de medio siglo, sigo siendo agnóstico —tal como aclararé más adelante—, pero también reconozco que la religión se apoya en una realidad, y que esta realidad es sumamente importante.

X. Mi incapacidad para superar las pruebas de la ortodoxia religiosa (págs. 142-43)

El dogma fundamental del cristianismo es, a mi entender, la creencia en que el amor que se autosacrifica es, a la vez, el mejor y el más poderoso de todos los impulsos espirituales que conocemos. Creo que esto es verdad, y que la captación de esta verdad es la esencia del cristianismo; pero mi afirmación de esta creencia cristiana esencial no me convierte en cristiano ya que el cristianismo es la religión de la Iglesia cristiana, y la Iglesia es un institución. No puedo denominarme cristiano a menos que sepa que seré reconocido como tal por las autoridades constituidas; y sé que no podré aprobar ni las más elementales pruebas de ortodoxia cristiana pues, además de no aceptar la concepción virginal ni la resurrección ni la ascensión de Jesús, tampoco creo en la omnipotencia de Dios. Si bien comparto la afirmación cristiana de que Dios y el amor son idénticos, no comparto la afirmación cristiana de que ese Dios, que es amor, sea también todopoderoso. En este punto crucial estoy totalmente de acuerdo con Marción (el heresiarca) y no con Ireneo (el santo).

(pág. 146) El punto en que me aparto de todas las religiones históricas mayores es que intentan dar respuestas exactas y definitivas al enigma planteado al hombre por su condición. Esta presunta cualidad de exactas y de definitivas, propia de dichas respuestas,

no tiene la evidencia de que estas respuestas hayan sido verificadas, o sean verificables, pues son, a mi modo de ver, mera muestra del impaciente afán de la Humanidad por aclarar su ambigua situación.

(pág. 150-51) Me veo a mí mismo en la situación de un cangrejo ermitaño que ha rechazado una caracola ajena y quizá se siente tentado de revestirse con otra. Debo resistir tal tentación, pues hay muchas probabilidades de que esta segunda caracola se me ajuste peor todavía que la primera. Dicho cangrejo hará mejor en permanecer al descubierto, desnudo, sin protección extraña, pues así podrá seguir los caminos que quiera, aunque con algún peligro. Como no somos cangrejos sino seres humanos, todos nuestros caminos son viajes de exploración, por lo que mi propósito es tener el máximo de religión con el mínimo de dogma.

Ya he establecido, tan honesta, franca y claramente como me ha sido posible, el punto de vista a que he llegado en el trascurso de casi ochenta años desde la fecha en que me bautizaron. Tal bautismo en la Iglesia Anglicana me convirtió oficialmente en miembro de dicha confesión; lo que nunca he repudiado. Empero, si alguna de las autoridades eclesiásticas lee lo que he expuesto en este capítulo y reitero en este párrafo, seguramente dictaminará que ya no soy miembro de tal comunión. Y no sólo me encuentro “extra ecclesia christiana” sino que tampoco soy aceptable como miembro de la mayoría de las otras religiones mayores supervivientes. La única que quizá me admitiera es el hinduismo, porque es católica en el sentido de ser comprensiva, y no en el de la Iglesia Católica Cristiana, que es una forma estandarizada y reconocida universalmente de determinada religión particular. El hinduismo puede aceptarme, y, en la jerarquía de sus castas, a mí me tocaría la de los barrenderos.

No es una suerte para mí esto de sólo poder pertenecer, en todo acaso, a una de la comunidades religiosas más importantes y numerosas, pues la religión ya no es asunto personal entre el ser humano y la realidad espiritual última, sino que es también un asunto social, en

el que, mediante la comunicación que todos dicen establecer con esa realidad última, los seres humanos se comunican entre sí. Los tres hechos cruciales de la vida de un ser humano –nacer, casarse y morir– se celebran en las liturgias de dichas religiones con ritos mediante los que nuestros prójimos expresan su participación, así como la de Dios, en las destinos personales de cada uno de nosotros. Vulnerar esta consagración de los hechos primordiales de nuestra vida nos cuesta muy caro, ya que desentonamos con las doctrinas de nuestra religión ancestral. Yo me considero uno de los representantes actuales de una fracción amplia y creciente de la especie humana: la de los que han perdido su enlace con la que fue su comunidad religiosa ancestral. Las “personas desplazadas” como yo son una amenaza para la sociedad tanto en lo religioso como en lo político. La razón es que hay una especie de ley de conservación de la energía religiosa igual como la hay de la energía física; y, en nuestra época, la energía que han ido perdiendo las religiones históricas mayores se la han ido apropiando los nacionalismos y las demás ideologías postcristianas. Todas éstas son variedades del culto del poder humano, y este culto es una de las peores formas de religión inferior en que se ha embarcado la Humanidad. Sería un beneficio para los seres humanos, tanto individual como colectivo, que las religiones históricas mayores pudieran arreglárselas para abrir sus puertas lo suficiente como para permitir que sus ex miembros se reincorporaran a ellas sin peligro de su integridad intelectual y espiritual.

(págs.151-52-53) ¿Hay posibilidades prácticas de que nos reincorporemos a la Iglesia el creciente número de ex cristianos cuya posición es hoy similar a la mía? Mi expectación es que la Iglesia Cristiana, junto con las otras comunidades religiosas mayores, ha de tender a abrir sus puertas suficientemente como para readmitir a tales ex miembros, pues la mayoría de las ramas de la Iglesia Cristiana, así como las de las otras comunidades religiosas mayores, están comenzando a liberar lo esencial de su fe y de sus prácticas, limpiándolas de las adherencias no esenciales que se les han ido acumulando en el trascurso del tiempo. Pero esta tarea es delicada y, por consiguiente,

ha de ser lenta. No parece probable que yo viva lo suficiente como para ver abiertas esas puertas tan ampliamente que me permitan reencontrar mi camino a través de ellas sin tener que renunciar a mi honestidad y libertad intelectual, pues no estoy dispuesto a pagar tal precio por reincorporarme a tal religión en su aspecto social.

Ha habido épocas –algunas de ellas muy prolongadas– en las que las mentes se han mostrado, sobre todo, pasivas y sumisas, sin aventurarse a pensar por su cuenta y aceptando que su bagaje intelectual sea de segunda mano, sin probarlo o pensarlo directamente, tal como se lo imponían las autoridades canónicas, políticas y religiosas. En nuestro extremo occidental del “viejo mundo”, durante el siglo XVII, terminó un período de dieciocho siglos de adormecimiento semejante. En el siglo XVII, las mentes occidentales comenzaron a atreverse, una vez más, a pensar por su cuenta; cosa que no había ocurrido desde el siglo II antes de Cristo. Y, aunque en nuestros días los ideólogos ex cristianos y ex confucionistas (nacionalistas, individualistas, comunistas, etc.) han vuelto a caer en un dogmático y tranquilo sueño, los agnósticos ex cristianos aún conservamos la independencia intelectual que nos legaron los pioneros de aquellas exploraciones del siglo XVII. Yo no estoy dispuesto a traicionar tan preciosa herencia de libertad intelectual pues considero que eso equivaldría a traicionar el futuro de la Humanidad.

XI. Los límites de mi agnosticismo (págs.152-53)

He explicado en los párrafos anteriores que el hecho de no creer en algunos de los dogmas obligatorios de las religiones históricas mayores lo he mantenido con firmeza desde hace más de medio siglo. Pero mi actitud hacia la religión no ha sido estática durante esos años. Mi repudio de la religión fue repentino. Mi reconversión ha sido gradual pero duradera porque ha sido una respuesta a los sucesivos desafíos de la experiencia. He llegado a creer que la religión misma –en contraste con sus formas históricas exteriores– es una facultad intrínseca de la naturaleza humana. Creo que el mero hecho de ser humano ya implica tener religión, y que los seres humanos que

se ufanan de no tener religión alguna se engañan a sí mismos por no buscarla en su propios corazones. Es más: creo que la religión, además de estar presente en todas las almas, es el elemento más distintivo y fundamental de la naturaleza humana. La religión es una búsqueda del último principio espiritual del Universo; y tal búsqueda se propone no sólo la captación intelectual de esa verdad última, sino, además de eso, se propone unirse a ella espiritualmente e intentar ponerse en armonía con ella. Eso es, desde luego, lo que cada una de las religiones históricas mayores está tratando de que sus adherentes consigan; y yo estoy de acuerdo con todas ellas en esa tarea común.

XII. El amor es Dios (pág. 153)

En unos versos griegos declaro que creo que el amor es Dios. No he llegado a tal creencia sin ayuda, pues jamás la habría adquirido si hubiese ignorado la *Primera Carta de Juan*, en la que se afirma que Dios es amor. Mi credo consta de un solo artículo: «*Deus est mortali iuvare mortalem*» (Dios es, para el mortal, ayudar al mortal). Creo que la verdadera culminación del hombre es el amor que se autosacrifica; que tal amor es divino; que es el único Dios que conocemos por experiencia, y que el hombre debe entregarse a ese Dios sin reservas, fueran cuales fueren las consecuencias subsiguientes.